

en la aplicacion perdieran su sensatez y hasta vieran á ser funestas, si las circunstancias, que Napoleon no podia avalorar desde lejos con el grado de exactitud necesaria, no concordaban con las hipótesis en que fundaba sus raciocinios. Si Badajoz, por ejemplo, en vez de hallarse en estado de prolongar la defensa dos meses, solo estaba en aptitud de sostenerla uno, la diversion ordenada sobre el Tajo, por especiosa que fuese, no debia figurar como razon decisiva para que lord Wellington levantara un sitio próximo á terminarse. Por otra parte se necesitaba que la marcha sobre el Tajo se emprendiera con fuerzas suficientes, y para esto convenia de todos modos que á lo menos las fuerzas del ejército del Norte y del de Portugal se renniesen bajo un mando, si no se podia conseguir lo propio del ejército del centro. Ahora bien, el mariscal Marmont valia mas solo que contrariado por el general Caffarelli, aun siendo este muy honrado y adicto; lo cual no quiso Napoleon admitir por desgracia.

El secreto presentimiento del mariscal Marmont sobre los planes de lord Wellington no era sino muy fundado. Alentado éste por la rápida conquista de Ciudad-Rodrigo, mas convencido cada vez de que los franceses en sus movimientos desbarahustados le dejarian tiempo de llevar á remate sitios cortos é imprevistos, desde el dia siguiente de la toma de Ciudad-Rodrigo, preparólo todo para hacer sobre Badajoz una tentativa violenta, con inmensos medios, y prodigando la sangre de los hombres. Ya con esta mira habia dirigido un vasto material de Abrantes á Elvas, y encaaminado sucesivamente todas sus divisiones sobre

el Alentejo, teniendo cuidado de permanecer en persona junto al Coa, para que no se sospechase su designio. Le salió á maravilla, en el sentido de comprenderse en Badajoz que se trataba de los preparativos de un asedio, pero no de la reunion del ejército inglés entero delante de esta plaza, y de ignorarse todo asi en Castilla como en Andalucía.

La guarnicion de Badajoz no habia cesado de lanzar el grito de alarma cerca del mariscal Soult y de pedirle prontos socorros. Razonando el mariscal á semejanza de la mayor parte de los hombres, pensando que las circunstancias sobrevenidas una vez sobrevendrian otra, no haciéndose cargo de las variaciones efectuadas, creyó que Badajoz, que ya habia resistido cerca de dos meses, contendria al enemigo un mes cuando menos, sobre todo habiendo sido perfeccionadas sus defensas; que asi tendria tiempo de acudir en su ayuda; que tambien el mariscal Marmont acudiria por su parte y que no debia inquietar seriamente la amenaza de un nuevo sitio.

Sin embargo, hubiera debido calcular que los socorros esperados de lejos eran una cosa con que prudentemente no debia contarse; que los ingleses habian sido muy inhábiles en el primer sitio de Badajoz, pero que acaso procedieran mejor en el segundo y con mayores medios, y que por tanto convenia poner á lo menos esta plaza en perfecto estado de defensa. Y una guarnicion de cinco mil hombres, reducidos á cuatro mil cuatrocientos algo antes del sitio, y á cuatro mil á la hora de la embestida, era insuficiente del todo. Para desbaratar una vez mas los proyectos de los ingleses se necesitaran diez mil hombres que tuvieran en pro-

porcion de su número los víveres y las municiones. Por ejemplo, mucho mas valiera elevar la guarnicion de Badajoz á este guarismo que dejar en Extremadura el cuerpo del general Drouet en la imposibilidad de hacer otra cosa que retirarse á la primera aparicion de los ingleses. Despues de destacar las tropas que á Badajoz hubieran de ser destinadas, conviniera agregarse el resto, y aumentada la guarnicion con cinco mil hombres y alguna caballeria, se hallara en disposicion de extender sus correrias á lo lejos, sirviera mejor que la tropa del general Drouet de cuerpo de observacion en Extremadura, y llegara á mostrarse casi invencible si era sitiada. Ademas se hubiera podido proveer á sí misma tanto de víveres como de madera. Ahora bien, á fines de febrero, cuando se cumplia un mes de la toma de Ciudad-Rodrigo y el plan de un nuevo asedio era ya ostensible, solo contaba la guarnicion con subsistencias para alrededor de dos meses, carecia de pólvora para un largo sitio, carecia sobre todo de maderas adecuadas para hacer empalizadas y blindages, y no cesaba de pedir los objetos de que se hallaba desprovista. Aun los víveres que tenia se los proporcionó la mayor parte, levantando por sus propias manos los panes á una distancia de tres leguas. A la verdad las defensas de la plaza habian sido mejoradas tanto á la derecha como á la izquierda del Guadiana. A la orilla derecha habian sido reparadas las brechas del fuerte de San Cristóbal, vueltas á levantar las contraescarpas, ahondados los fosos en la peña viva. A la orilla izquierda fué puesto en estado de defensa el castillo, escarpado el pie de la roca sobre cuya cumbre se alzaba, perfeccionada la luneta de la

Picurina que lo cubria, considerablemente aumentada la inundacion del Rivillas por medio de una grande retencion de aguas, y finalmente enteramente cercado á la gola el fuerte de Pardaleras. Siempre la parte mas expuesta era la de los frentes del Sudoeste, formando salida, pero se practicaron minas delante de ellos para ahuyentar de alli al enemigo. Desgraciadamente faltó madera para empalizar los fosos y para establecer los blindages; pero el heroismo de la guarnicion permitia prescindir de tales resguardos, y permanecer al descubierto bajo las bombas y las granadas. Por último, segun acaba de ser manifestado, no habia pólvora en cantidad bastante, y los víveres, que por febrero hubieran alcanzado á una resistencia de dos meses, no daban ya de sí mas que para marzo.

Tal era el estado de la plaza cuando los ingleses aparecieron bajo sus muros el 16 de marzo de 1812, contando como en Ciudad-Rodrigo terminar el asedio antes de que se lo pudiera impedir la concentracion de nuestras fuerzas. Cincuenta mil hombres llevaban por lo menos, un inmenso material, y no siendo mas hábiles en el arte de sitiar las plazas que al tiempo de la toma de Ciudad-Rodrigo, se hallaban resueltos á avanzar con los aproches nada mas que hasta establecer las baterías de brecha, luego á abrir á la vez muchas, y á aprovecharse de su superioridad numérica para dar simultáneamente dos ó tres asaltos, medio costoso, pero probabilisimo de acabar con una guarnicion poco numerosa, por muy denodada que fuese.

Desde el primer dia la embestida de Badajoz fué completa, y sin pérdida alguna de tiempo quedó elegido el punto de ataque. Disgustados de toda

tentativa contra el fuerte de San Cristóbal de resultas de los escarmientos del año precedente, dirigieron sus esfuerzos hácia la orilla izquierda del Guadiana, esto es, contra la plaza misma. Aunque mas fácil el ataque por el lado del Sudoeste, fué una vez mas descuidado, si bien ahora por el temor que inspiraban los hornos de mina practicados en esta parte del terreno. Se trasladaron los ingleses al Este hácia el castillo, y hácia los frentes contiguos á la puerta de la Trinidad, á pesar de la inundacion del Rivillas y á pesar de la luneta de la Picurina. Delante de esta obra no acabada, de muy débil relieve, cerrada á la gola por una simple empalizada y que sin dificultad podia ser tomada por asalto, abrieron la trinchera al dia siguiente de la acometida, que fué el 17. Tomada esta luneta, era fácil formar allí un establecimiento para batir en brecha los frentes contra los cuales se dirigia el nuevo ataque. Dos dias despues quisieron los sitiados emplear un medio muy usual y eficacísimo, cuando la guarnicion es bizarra y resuelta, á saber, las salidas que, destruyendo las obras de los sitiadores, prolongan la duracion de los aproches, y de consiguiente la de la resistencia. Una salida, ejecutada con vigor, alejó á los ingleses de sus trincheras, permitió cegar parte de ellas, pero, segun costumbre, siguióse una carga ofensiva del enemigo, y nuestros soldados, en vez de retirarse sin falso orgullo, puesto que estaba cumplido su objeto, se empeñaron en disputar el terreno, y tuvieron veinte muertos y ciento sesenta heridos. No perdieron los ingleses menos de trescientos hombres. Para ellos no era nada, contando cincuenta mil combatientes, al paso que para nosotros era

mucho, que apenas teniamos cuatro mil en estado de esgrimir las armas. Asi se hubo de renunciar á este medio poderoso de prolongar la defensa, bien que peligrosísimo cuando la guarnicion es escasa.

Impulsados los trabajos con actividad extrema, ya el 25 de marzo pudieron los ingleses batir en brecha la luneta de la Picurina con veinte y tres bocas de fuego, demolieron la punta saliente, y empezaron á derruir los costados. Por la noche sin mas tardanza la asaltaron con tres fuertes columnas y reservas. No estaba defendida la luneta mas que por doscientos soldados, sacados de todos los regimientos, por ser imposible en el estado de la guarnicion destinarla mas gente; pero mas valiera tomar hombres pertenecientes á un batallon mismo, y prontos á portarse como individuos que se conocen unos á otros. Al foso se lanzaron las tres columnas (pues los ingleses persistian en el sistema de no avanzar con los aproches hasta el borde del mismo foso), una se trasladó hasta el respaldo de la obra, trató de arrancar las empalizadas para entrar por la gola, pero retrocedió á consecuencia del vivo fuego de fusilería: otra, queriendo penetrar por la brecha, fué igualmente rechazada; pero la última, aplicando las escalas al frente menos resguardado llegó hasta el parapeto á la hora en que, rehecha la segunda columna, escalaba la punta saliente medio demolida. Teniendo que hacer frente la pequeña guarnicion al mismo tiempo á dos invasiones, no pudo efectuarlo, y hubo de rendir las armas á los pocos instantes. Ochenta y tres hombres fueron muertos ó heridos y ochenta y seis quedaron prisioneros. El enemigo perdió cerca de trescientos cincuenta soldados.

Nuestra artillería hizo al punto un fuego terrible contra los vencedores posesionados de la Picurina, logrando que su permanencia allí les fuera dañosa. Mucho tardaron en volver las tierras para ponerse á cubierto del lado de la plaza, pero á fuerza de operarios y de medios materiales y sacrificando mucha gente, acabaron por crearse un abrigo en la obra conquistada, y emprendieron establecer baterías de brecha contra los dos bastiones correspondientes á la luneta de la Picurina. Desde entonces abandonaron casi todas sus baterías, cuyo sitio fué mal escogido, y se atuvieron exclusivamente á las nuevas, que, por lo inmediatas, les permitian ver hasta el pie del muro del recinto. Admirablemente servida la artillería francesa, les hacia pagar cara esta temeraria conducta, pero la pólvora empezaba á estar escasa, y la guarnición suplía el fuego de los cañones por el de fusilería, que dirigian los mejores tiradores de cada regimiento contra los artilleros ingleses. Si la guarnición tuviera bastante pólvora y bastante gente, este fuera el caso de juntar á un gran fuego de artillería una salida vigorosa contra el establecimiento formado en la gola de la Picurina. Una salida venturosa sobre punto tan inmediato, probablemente destruyera todas las ventajas adquiridas por los sitiadores, haciéndoles retroceder á donde se hallaban á los principios del asedio. Mas fuera necesario emprender esta salida con mil y ciento ó mil doscientos hombres, y sacrificar acaso trescientos ó cuatrocientos, y la guarnición debia reservar su pólvora y sus soldados para el día supremo y decisivo del asalto.

Este momento no podia tardar á la vista de los

rápidos progresos de los sitiadores, que ya no podian ser contenidos por los sitiados. Sin embargo ya la guarnición habia ganado quince dias, verdad es que sacrificando setecientos de cuatro mil hombres, sin que todavía lograra el enemigo batir en brecha los dos bastiones por los cuales estaba resuelto á penetrar en la plaza. Contra ellos y para derribarlos consiguió establecer el día 31 diversas baterías, conteniendo veinte bocas de fuego de grueso calibre. Prolongó sus trincheras á derecha é izquierda para levantar otras muchas baterías, cuyo objeto era responder á la artillería de la plaza, enlazar las defensas y abrir hasta tres brechas. A poco tiempo hubo en posición cincuenta y dos piezas de grueso calibre con las cuales se rompió un fuego espantoso. La guarnición, que habia reservado sus municiones para al postrer instante, respondió con un fuego no menos violento. Desmontó muchas piezas, pero, rebosando los ingleses de material y acreditando grande arrojo, reemplazaban las piezas desmontadas en medio de sus derruidos espolones y bajo una granizada de proyectiles. Nuestros artilleros, que no consentian ser superados, ni igualados siquiera, se mantenian en las destruidas troneras de sus cañones, y redoblaban sus esfuerzos, bajo las bombas, balas y granadas. Ya la guarnición habia llegado á ese estado de exaltación en que no se hace caso de los peligros, y todos habian jurado perecer antes que rendir su bandera, é ir á podrirse á los infectos pontones donde Inglaterra, con mengua de su civilización, hacia morir á nuestros prisioneros. En esta formidable lucha los habitantes salían peor librados que todos: de quince mil habian quedado cinco mil á lo sumo, indigentes la

mayor parte. Los alimentaba la guarnicion con sus economías, pues tuvo la humanidad de componerles, con las sobres de su carne y de sus legumbres, un alimento que les impedia morir de hambre. Pero, no teniendo casamatas, ni blindages para ella misma, y sabiendo prescindir de este resguardo, no les podia librar de los estallidos de las bombas, entre los cuales vivian con audacia. Asi gemidos horrorosos llenaban esta ciudad desolada y desgarraban el alma de nuestros soldados, insensibles á sus propios peligros, si bien llenos de compasion hácia los infelices, á quienes al cabo de quince meses se habian acostumbrado á considerar como compatriotas.

Finalmente se acercaba el instante supremo. Tres anchas brechas habian sido practicadas en la mampostería de los bastiones atacados. Despues de desparramar el sitiador sus fuegos, habialos concentrado ahora sobre dos bastiones, llegando á disminuir el nivel de la inundacion por el medio de destruir parte de las retenidas y hacer abordables las brechas, sin imponerse á pesar de todo la precaucion, que, omitida, le debia de costar caro, de derribar la contraescarpa, conforme á las reglas comunes del arte.

Lord Wellington hizo á la guarnicion el honor de no dirigirla intimaciones, sabiendo que toda proposicion de capitular seria infructuosa. Efectivamente, habiendo reunido el gobernador á sus principales oficiales, todos estuvieron contestes y con reiteradas aclamaciones de las tropas, en que se aguardaria el asalto y perecerian todos con las armas en la mano antes que rendirse. Al punto corrieron á las brechas para emplear allí todos los

recursos que el arte mas ingenioso puede ofrecer para reprimir á un enemigo resuelto. El hábil é intrépido comandante de ingenieros indicó y trazó las obras, que los soldados ejecutaban con entusiasmo. Mientras la mitad de ellos guardaban los baluartes, la otra mitad trabajaba en el foso, limpiaba el pie de las brechas, lo cual es peligrosísimo, aunque posible, cuando el enemigo no ha tomado posesion del borde del foso. Los hombres caian bajo las bombas y las granadas, pero otros continuaban haciendo desaparecer la subida formada por los escombros. Desgraciadamente la artillería inglesa, prosiguiendo su obra de demolicion restablecia pronto aquellas subidas. Asi el recurso mas positivo era el creado sobre el mismo baluarte, donde se construyó una segunda trinchera detrás de las brechas, teniendo delante caballos de frisa, á los costados barriles de explosion, barreándose ademas las calles que desembocaban en los puntos de ataque. Se habia preparado otro formidable recurso. Persistiendo el enemigo en no avanzar con los aproches hasta el bordé del foso, y no derribando, por consiguiente la contraescarpa (que es la pared del foso opuesta á la plaza) se podia trabajar al pie de esta contraescarpa como se quisiera. El comandante de ingenieros Lamare hizo colocar allí una larga cadena de bombas cargadas y de barriles llenos de artificios y enlazados unos á otros por un reguero de pólvora, al cual el bravo oficial de ingenieros Maithet, escondido en el foso, debia prender fuego en el instante del asalto.

Dispuesto asi todo, situadas las tropas escogidas sobre la cima de las brechas con tres fusiles para cada hombre, hallándose armadas á los costa-

dos piezas cargadas de metralla, y á las órdenes del gobernador en la plaza mayor de la poblacion una reserva tan numerosa como fué posible, aguardóse el asalto. Todo lo habia prevenido lord Wellington para darle el 6 de abril por la noche, á los veinte y un dias de su llegada delante de Badajoz; pero habia resuelto darle con tal masa de fuerzas que el éxito fuera casi infalible, aunque hubiera de sacrificar una mitad mas de hombres que los que habia perdido en las mas reñidas batallas.

Con efecto el 6 de abril y como á las nueve de la noche vomitó sobre la plaza torrentes de fuego la artilleria de los sitiadores. Dos divisiones á las órdenes del general Coleville se encaminaron directamente á las brechas, mientras la division de Picton se trasladaba con escalas á la derecha para ver de escalar el castillo por un lado, cuya debilidad estaba reconocida, y mientras torciendo á la izquierda la division de Leith iba á intentar otra escalada á la extremidad del Sudoeste, descuidada por los ingleses hasta entonces. Las dos columnas mandadas por el general Coleville llegaron al borde del foso, saltaron dentro y corrieron de seguida á las brechas. Su aparicion fué señalada por un grito general de nuestros soldados; se les dejó venir, y cuando empezaron á trepar los escombros, el fuego de fusileria les recibió de frente y á quemarropa, la metralla les cogió de flanco y les hizo rodar en tropel sobre la brecha. Al tiempo de querer sostener á la cabeza de la columna su cola la estaba reservada otra prueba. Descendido al foso el teniente de ingenieros Mailhet en medio de esta refriega horrorosa, y aguardando el momento propicio con la mecha en la mano, puso fuego al largo

rosario de bombas y de barriles de artificios dispuesto al pie de la contraescarpa. Entonces comenzó á espaldas de las columnas y bajo las plantas de los que las sostenian una serie de formidables explosiones, que sucediéndose de segundo en segundo lanzaban alternativamente metralla, cascos de bombas y torrentes de luz siniestra. Por momentos esta luz mortifera brotaba de la oscuridad, era reemplazada por las tinieblas, brotaba nuevamente, y siempre se escapaba de ella la muerte bajo mil formas. Desgraciadamente el intrépido Mailhet fué tambien herido por un casco de bomba. A pesar de su bravura, las dos divisiones inglesas enviadas á las tres brechas hubieron de ceder á lo violento de la resistencia, y de perder su empuje bajo el fuego continuo de fusileria y de metralla que les abrumaba. Ya habian sucumbido cerca de tres mil ingleses y lord Wellington iba á ordenar la retirada, cuando la escena cambió en otros puntos. A la derecha del ataque, el general Picton con rara intrepidez hizo arrimar las escalas á uno de los flancos del castillo. Hesseses tenian á cargo su custodia; ora por sorpresa, ora por turbacion, ora por infidelidad, dejaron invadir el precioso reducto fiado á su lealtad y á su denuedo, y lanzándose al punto un oficial inglés sobre las puertas que daban á la ciudad, apresuróse á cerrarlas, con el fin de establecerse sólidamente en el castillo antes de que los franceses tuvieran tiempo de acudir en su ayuda. El gobernador Philippon, que habia sido engañado muchas veces por falsos gritos de alarma y que conservaba su reserva para un peligro extremo, negóse de pronto á creer la noticia de la invasion del castillo. Convencido, aunque tarde,

de la realidad del hecho, determinóse á enviar allí cuatrocientos hombres. Recibidos estos con un fuego mortífero se detuvieron delante de la primera puerta. Se presentaron en la segunda é hicieron inútiles esfuerzos por forzarla. Con el deseo de abrirse la entrada del castillo y de expulsar de allí á los ingleses, se apresuraron á ir en busca de parte de las fuerzas que defendían los frentes del Sudoeste, descuidados por el enemigo hasta ahora y al parecer poco amenazados. De consiguiente quedaron desguarnecidos del todo para tentar la reconquista del castillo. Entonces la division de Leith, que meditaba una escalada por este lado, hallando abandonado el baluarte y echando una porcion de escalas, logró trepar al muro, gracias á su elevacion corta. De seguida corrieron los asaltadores á lo largo del baluarte con el fin de coger por la espalda á las tropas que hasta entonces habian defendido victoriosamente las tres brechas. Al verlos el puesto que defendía el frente mas inmediato corrió á su encuentro á la bayoneta y los detuvo, pero muy luego tornando á cargar en masa, recuperaron la ventaja sobre nuestros soldados poco numerosos y se derramaron en la ciudad por todas partes. Entonces se introdujo una confusion indecible en la guarnicion heroica que disputaba los restos de Badajoz al enemigo. Cogidos por la espalda los defensores de las brechas se vieron obligados á la rendicion ó á la fuga. El gobernador, el comandante de ingenieros y el estado mayor, despues de hacer cuanto se podia esperar de ellos, corriendo al puente del Guadiana, trataron de retirarse con algunas reliquias de la guarnicion al fuerte de San Cristóbal para continuar allí la de-

rensa; pero perdieron la libertad ó la vida. No quedaba mas arbitrio que someterse al vencedor tras resistencia tan prodigiosa.

Al dia siguiente fueron llevados al campo de lord Wellington, que, aun recibiéndoles con cortesía, negóse á dar oidos á sus instancias en favor de la desgraciada ciudad de Badajoz. De cierto ni á nosotros nos tocaba interceder por los españoles, ni á los ingleses castigarles por nuestra resistencia; pero lord Wellington, despues de recibir cortesmente á nuestros oficiales, entregó sin piedad la ciudad de Badajoz al saqueo. ¡No necesitaban menos las tropas que tan bizarramente habian subido al asalto!

Nos costó el sitio de Badajoz cerca de mil quinientos muertos ó heridos y tres mil prisioneros, si bien á lord Wellington le costó mas de seis mil hombres fuera de combate, es decir muchos mas que ninguna de sus batallas. Tres mil le hizo perder solamente el asalto. ¡Triste compensacion para nuestro doble infortunio! No por esto lord Wellington dejó de conseguir su objeto, realizando la idea de emplear algunos dias, que nuestros movimientos descosidos le dejaron, para apoderarse de Ciudad-Rodrigo y de Badajoz, plaza tras plaza, ¡Ciudad-Rodrigo y Badajoz nos eran arrebatadas, Portugal se nos habia cerrado, y ya toda España quedaba abierta á los ingleses!

Al saber el mariscal Soult el peligro de Badajoz, que se le habia señalado hartas veces, abandonó tardíamente las lineas de Cádiz, donde se ocupaba en disparar sobre la rada bombas de poco efecto, y se puso al fin en marcha para socorrer á la plaza situada. Llevaba consigo veinte y cuatro

mil hombres, única tropa activa de que le fué lícito disponer, obstinándose en conservar á Granada y Sevilla, y corria á Llerena con la esperanza de encontrar allí al mariscal Marmont como el anterior verano con treinta mil hombres. ¡Vana esperanza! El mariscal Marmont no estaba en aquel punto! La noticia del desastre de Badajoz consternó al mariscal Soult de veras, pues se le habia despojado del único trofeo de su campaña de Andalucía, y lord Wellington tenia abiertas todas las puertas para operar en su territorio y el de Extremadura, si tal era su intento.

Por su parte el mariscal Marmont no estuvo ocioso. Fijo en Castilla la Vieja por órdenes formales de Napoleón, al saber la extremidad á que la plaza de Badajoz se hallaba reducida, apeló á la maniobra que se le habia prescripto. Pasó el Agueda con cinco divisiones, no pudiendo llevar mas consigo, dispersó á las partidas que infestaban el pais; rechazó á los destacamentos de las tropas inglesas que guardaban las fronteras de Portugal, y luego se detuvo por miedo de carecer de viveres, y tambien por conviccion de que nada hacia de provecho. Sin embargo, su maniobra no quedó absolutamente sin fruto, pues, al saber su aparicion lord Wellington, que pudiera lanzarse sobre el mariscal Soult, constándole que no tenia mas de veinte y cuatro mil hombres, suspendió inmediatamente su marcha, y volvió á tomar el camino del Norte de Portugal.

Viendo Napoleon caer una tras otra las dos plazas que habian costado tanta sangre y tantos esfuerzos, y que eran los principales obstáculos situados en el camino de los ingleses, ya hácia el

Norte, ya hácia el Mediodía, mostróse tan afligido como irritado, achacando la culpa á todos; al mariscal Soult, porque, segun su dicho, con ochenta mil hombres no hacia nada; al mariscal Marmont por no haber modificado sus órdenes expedidas á trescientas leguas del teatro de la guerra. Estos cargos no eran completamente merecidos. A la sazón el mariscal Soult no tenia mas que cincuenta mil hombres disponibles, y no se pudiera oponer seriamente á las empresas de los ingleses sino sacrificando á Granada. Su error verdadero consistió en dejar inútilmente al general Drouet en Extremadura, donde este cuerpo nada podia, y en no agregársele simplemente, dejando en Badajoz diez mil hombres y alguna caballería con municiones bastantes de boca y de guerra. Así Badajoz se sostuvo muchos meses, dando lugar á que se le llevara socorro. Por lo que hace al mariscal Marmont, la orden de permanecer en Castilla la Vieja, de no bajar á Extremadura y de no ir en auxilio de Badajoz mas que por medio de una diversion operada en la provincia de Beira, era tan terminante, que ningun general, por atrevido que fuera, osara infringirla.

La posicion que este mariscal tomó desde el principio en Almaráz junto al Tajo era la única conveniente, la única que le hubiera permitido trasladarse alternativamente á Ciudad-Rodrigo ó Badajoz con socorros. Efectivamente, si se le concediera un refuerzo de veinte mil hombres que situara en Salamanca, hubiera podido marchar sobre Badajoz con los treinta mil que tenia junto al Tajo, y reunido al ejército de Andalucía presentara á lord Wellington cincuenta y cinco mil hom-



bres, muy bastantes para salvar aquella plaza. Si por el contrario el peligro amenazara hácia el Norte, hubiera podido repasar el Guadarrama, y encontrando los veinte mil hombres establecidos en Salamanca, presentara tambien á lord Wellington cincuenta mil soldados en torno de Ciudad-Rodrigo, y desbaratara asi todas sus tentativas. Negándole Napoleon un refuerzo de veinte mil hombres y fijándole en Castilla la Vieja, hizo la caída de Badajoz casi inevitable. Ciertamente era oportuno el pensamiento de una diversion operada desde Salamanca hácia Beira, como debía serlo todo pensamiento de Napoleon sobre cosas de guerra, y las resultas acababan de demostrarlo, puesto que atrajo á lord Wellington hácia el Norte de Portugal al dia siguiente de la toma de Badajoz; pero le atrajo al dia siguiente y no el dia antes. Este pensamiento era oportuno, bien que de una oportunidad general, que en la ejecucion no basta, pues sin una exactitud rigurosa en los cálculos de las distancias, de los tiempos y de las fuerzas, los pensamientos mas oportunos vienen á ser ó quiméricos ó fatales. Sin duda, si Badajoz contuviera diez mil hombres de guarnicion y viveres y municiones en cantidad suficiente; si el duque de Ragusa contara con cincuenta mil hombres suyos ó tomados del ejército del general Caffarelli, puesto bajo su mando; si tuviera ademas almacenes siempre abastecidos, y con estas condiciones marchara formalmente sobre Coimbra, por segunda vez soltara lord Wellington la presa, abandonando el sitio de Badajoz. Pero teniendo apenas con que defenderse esta plaza, y no pudiendo el duque de Ragusa hacer mas que una vana amenaza con los medios de que disponia,

era imposible con una simple demostracion sobre Beira desviar de su objeto á un espíritu tan sensato y tan firme como el de lord Wellington.

Asi en 1814 como en 1810 abortaron todas las combinaciones y vinieron á ser impotentes todos los refuerzos en España. Antes de bosquejar sucesos todavía mas tristes que los que acaban de leerse, resumamos lo acaecido en la Península durante dos años. Ya se ha visto en el libro cuarenta de la presente historia, cómo fracasó la campaña de 1810; cómo en esta época, con la idea juiciosa de emplear todas sus fuerzas disponibles en España, para resolver la cuestion europea que él mismo habia allí trasladado, con la idea no menos juiciosa de dirigir su principal esfuerzo contra los ingleses, cedió Napoleon á desviarse de su objeto por virtud de las instancias de José y del mariscal Soult, consintiendo en la expedicion de Andalucía, la cual produjo la dispersion de ochenta mil soldados, los mas aguerridos que en la Península habia entonces; cómo Maesena, enviado á Lisboa con setenta mil combatientes, reducidos á cincuenta mil por las circunstancias locales, halló delante de Torres-Vedras un obstáculo casi insuperable, que pudiera vencer á pesar de todo con un refuerzo de veinte y cinco mil hombres procedente de Andalucía, con un socorro semejante procedente de Castilla; cómo el mariscal Soult no pudo, ni quiso prestarle este socorro; cómo el general Drouet no pudo tampoco; cómo Napoleon, arrebatado por una versatilidad desastrosa hácia otros designios, le negó los cincuenta mil hombres que lo hubieran decidido todo; y como en fin una campaña, que debiera descargar el golpe mortal sobre los ingleses, fué

desgraciada para nosotros y consumió inútilmente los ciento cincuenta mil hombres enviados despues de la paz de Viena. Sin duda estas relaciones aflictivas se hallan grabadas en la mente de cuantos han leído esta historia. No son menos dolorosas ni menos significativas las relaciones de fines de 1812, segun se demuestra en el libro presente.

Puesto que desde mediados de 1811 estaba Napoleón resuelto á llevar sus ejércitos y su persona al Norte, es decir, á Rusia, hubiera debido contentarse en el Mediodía, es decir, en España, con una defensiva imponente hasta que por sí mismo lo decidiera todo entre el Vístula y el Boristenes, si es que podia terminar algo en aquellas regiones. Dejando al mariscal Suchet en Aragon y en Cataluña sin concederle nuevas fuerzas, bien que sin imponerle ninguna nueva tarea, éste, sobre todo despues de la conquista de Tarragona, quedara dueño pacífico é indisputable de estas provincias; dejando al mariscal Soult en Sevilla, al mariscal Marmont junto al Tajo, sin obligarles á ninguna traslacion de fuerzas hácia Valencia, con órden á uno y otro de correr sobre Badajoz al primer peligro, segun lo habian hecho ya con éxito venturoso; dando ademas al mariscal Marmont la facultad de atraer á sí el ejército del Norte, é incorporándole exclusivamente la mayor parte de la reserva, es probable que se inutilizaran por largo tiempo los esfuerzos de los ingleses contra Badajoz y Ciudad-Rodrigo, y se redujera á lord Wellington, quizá durante un año, á una inaccion embarazosa para él ante la opinion pública de su patria. Pero, no queriendo renunciar á cosa alguna, y aspirando, mientras se preparaba la gigantesca expedicion

de Rusia, á dar vivo impulso á los asuntos de España, lisonjeándose de adelantarlos mucho en el otoño y en el invierno de 1811, al ordenar la expedicion sobre Valencia renovó Napoleón la falta cometida al permitir la expedicion de Andalucía: condenó al mariscal Suchet á extenderse sin reforzarle, y mientras por un momento hacia convergir á él todas las fuerzas disponibles, siempre alerta lord Wellington se apoderaba de Ciudad-Rodrigo, y nos cerraba la Beira, al par que se abria la Castilla. No dejó el mariscal Marmont de correr sobre Ciudad-Rodrigo, pero, obligado á juntar sus fuerzas dispersas hasta las cercanias de Alicante, llegó muy tarde, y este único trofeo de la campaña de Portugal nos fué arrebatado. Quedaba aun Badajoz, trofeo tambien único de la campaña de Andalucía, si bien nos lo debia hacer perder igual causa. Obligado Napoleón, mas pronto de lo que al principio supuso, á llamar de España á su Guardia, á los polacos, á los dragones, á los cuartos batallones, y atrayéndolo todo hácia el Norte de la Península, con el fin de poderlo atraer todo al Norte de Europa, llevó á Marmont de las márgenes del Tajo á las del Duero, le fijó allí, y de esta suerte descubrió á Badajoz, de cuya plaza se apoderó Wellington siempre en acecho, como se habia apoderado de Ciudad-Rodrigo, aprovechándose del vacío dejado delante de esta plaza por nuestros falsos movimientos. Así, para tomar á Valencia, que nos debilitaba obligándonos á extendernos, se perdieron Badajoz y Ciudad-Rodrigo, único fruto de dos árduas campañas, único obstáculo formal que se podia oponer á una marcha ofensiva de los ingleses. Tal era, tal debia ser el resultado de este